

Relato N° 47

DESTINO MARCADO

A Ramón se le estrujó el corazón, al tomar el último amargo debajo de la enramada, frente a esas tierras estériles, que prácticamente lo expulsaban.

Había resistido, intentando hasta lo impensado, por permanecer en su lugar, el lugar de sus ancestros, pero las condiciones se volvían cada vez más adversas. Ya era una utopía pensar en darle una vida medianamente digna a su familia, en aquel seco y olvidado oeste pampeano.

Su mente fue invadida por un torrente de recuerdos. Sus abuelos, sus padres, incluso él, con su mujer y sus hijos, poseyeron esa tierra, aunque sin título de propiedad, lo que agravaba más aún su situación de vulnerabilidad.

Allí atravesaron veranos sofocantes, inviernos helados, curtidos por el duro y sacrificado trabajo. Pero en medio de tanta nada, la esperanza fue muriendo.

Con la voz quebrada le dijo a Antonia, su compañera...pensar que acá vivimos, y compartimos los mejores momentos, reunidos con familiares, y amigos, durante las tantas señaladas de terneros, entre asados y empanadas, bailes y guitarreadas, jugando al chinchón, al truco, alguna que otra jineteada...y hasta arrojando la taba.

Parece que te estoy viendo, pensaba Antonia en voz alta, curtiendo cueros, haciendo sogas, mientras yo hilaba la lana, o cosía tabaqueras.

Ramón lleno de nostalgia recordaba una y otra vez, cientos de chivos cuidé, que fueron nuestro sustento.

La vieja cocina a leña, junto con otros trastos viejos, que ya no entraban en la caja de la añosa y oxidada camioneta, quedaron abandonados en la tapera que, a pesar de sus paredes de adobe, y su techo de chapas picadas, conservará los mejores recuerdos.

Allí permanecerá el olor a tortas fritas, sopa, puchero, leche y queso de cabra, y también a pan casero, hecho en el horno de barro, que han sido alimento diario.

Ramón ya había vendido las pocas vacas, y las chivas que pudo conservar hasta último momento, pero...todo estaba por cobrar.

Antonia preparó unos atados de ramas de jarilla, para ahuyentar las malas energías en el próximo destino, también atamisque, tomillo, por si hubiera que hacer alguna infusión, en caso de algún resfriado, o problema digestivo.

Con sus manos curtidas, Ramón cargó el recado, que había heredado de su padre, y que no estaba dispuesto a abandonar...

Si bien él era una persona parca, tanto en sus palabras como en la expresión de sus emociones, sintió un nudo en la garganta, y se le escapó un lagrimón.

Los hijos, que ya estaban en la camioneta, ansiosos por partir hacia el pueblo, con ilusiones de asistir a la escuela secundaria, encontrar nuevos amigos, y oportunidades que, en aquel lugar olvidado, no existían, intentaban contagiar el entusiasmo a sus padres, que sentían un gran pesar, con más dudas que certezas.

Con paso tranquilo y cansado, ellos subieron a la camioneta, y ya sin mirar atrás emprendieron el viaje, a través de ese territorio polvoriento. El viento corría a su favor, tapando los surcos que dejaban las ruedas al pasar.

Emocionalmente agotador fue aquel largo trayecto, enorme la polvareda. A lo largo de su recorrido encontraron varios puestos abandonados, solo en unos pocos humeaba la chimenea. El destino de los lugareños indefectiblemente estaba marcado.

Pero a pesar de todo, Ramón y Antonia avanzaron, anteponiendo a la angustia, el futuro de sus hijos.